

Sobre eufemismos y guerras

Ph.D. Luis Veres

Facultad de Ciencias de la Información
Universidad Cardenal Herera
Email: iveres@uch.ceu.es

Keywords: *euphemism, war, communication, linguistics, journalism language.*

Abstract: *This article tries to reflect on the language role in war conflicts. It wants to demonstrate the fundamental function of language in the appearance of the wars in mass media, since wars take place to change their meaning in mass media in many occasions. One of the linguistic conditioners of this process is the euphemism.*

Teoría del eufemismo: teoría de la guerra

“...la relación con la lengua es política. Esto quizá no es muy sensible en un país tan atiborrado histórica y culturalmente como Francia: aquí la lengua no es un tema político; no obstante, bastaría con sacar a la luz el problema (...) para quedarse indudablemente estupefacto ante su evidencia, su vastedad y su acuidad...”
(Barthes, 1987:109)

Algo malo sucede en e una sociedad cuando las cosas dejan de ser llamadas por su nombre. En ese caso el lenguaje se vuelve un medio de enmascarar la realidad. Y entre los muchos mecanismos lingüísticos que existen para el simulacro de lo real, el eufemismo es quizás el más utilizado.

A la hora de tratar el eufemismo en relación con el fenómeno de la guerra hay que tener en cuenta dos cuestiones. La primera gira en torno a la relación del eufemismo con la realidad a la que hace referencia, la guerra, su función designativa y los cambios

que ésta ha sufrido en las últimas décadas. La segunda gira a la propia significación del eufemismo y su efecto enmascarador.

En primer lugar hay que destacar la variación del lo que es el fenómeno de la guerra en el mundo contemporáneo. Algo ha cambiado desde el surgimiento del primer conflicto bélico hasta llegar a un S.XXI que inunda el planeta de guerras silenciadas. Desde el inicio de los tiempos la guerra se ha manifestado como algo consustancial a la naturaleza humana, sin la cual no habría progreso y sin la cual en muchas ocasiones la voluntad de un grupo de personas no se habría podido imponer sobre los deseos y designios de otros. Ello aguzó el ingenio humano por medio de la misma naturaleza bélica, como situación límite. Esta idea pone en relación, evidentemente, el fenómeno de la guerra con el concepto de la persuasión. Pero, en los últimos tiempos, la guerra es un acto de persuasión que, dadas las características del mundo contemporáneo, está obviamente marcada por la simbiosis que mantiene con los medios de comunicación y con las formas de información que exigen los nuevos escenarios bélicos. Los señores de la guerra y todos sus partícipes exigen un tipo de información y la guerra, a su vez, propicia el espectáculo que requieren los medios para ganar su codiciada audiencia. Hasta tal punto que hay guerras propiciadas para ser contadas:

“Conflicto e información corren paralelos. Tantas veces los actos hostiles en cualquier conflicto se hacen en función de su repercusión en los medios y no necesariamente de su estricta eficacia militar. La historia de los conflictos armados en el siglo XX no se puede entender sin detenerse en sus aspectos comunicativos. Nadie puede negar las relaciones entre opinión pública y conflictos armados. Guerras como la intervención norteamericana en 1898 en Cuba no se pueden entender sin la campaña de prensa que las precedió. La Primera Guerra Mundial hace de la propaganda una de sus armas más eficaces. Otro tanto sucede en nuestra Guerra Civil y en la Segunda Guerra Mundial.” (Pizarroso, 2004: 20)

Del mismo modo, dependiendo del discurso con que sea relatada la guerra, la opinión pública obtendrá una visión de la realidad diferente de los hechos acaecidos y acorde o no con los intereses de los gestores de la propia guerra.. Ya en los años sesenta P. Berger y T. Luckmann (1968) destacaron al discurso periodístico como un elemento clave de la construcción social de la realidad. De esa manera, el periodismo aparece como el discurso generador de contenidos simbólicos que contribuyen a estructurar nuestra visión del mundo. Por ello, los medios de comunicación organizan nuestra percepción de la realidad y otorgan la relevancia premeditada de los acontecimientos. La profesión periodística se manifiesta como la actividad especializada en la construcción de la realidad social (2005: 259). Una realidad social que construye el imaginario colectivo de donde las sociedades se nutren para explicar su propia significación y justificar así sus acciones, sean éstas lícitas o no, y que nace de una mezcla de ideas, creencias, sentimientos y deseos. Ese conglomerado conforma nuestra visión del mundo (*Weltanschauung*) o la visión que los medios proporcionan de las distintas

partes del mundo. De esa manera, siguiendo a E. Cassirer, nuestras percepciones quedan procesadas a través de nuestras estructuras mentales en formas simbólicas (1980). El lenguaje natural se manifiesta como una consecuencia de nuestros hábitos perceptivos (López, 1989).

Y no en otra perspectiva se sitúa el eufemismo lingüístico. Éste trata de reconfigurar una visión edulcorada de la realidad de la guerra, visión edulcorada que siempre será acorde con los designios de la sociedad y los designios del poder que la rige. La guerra es siempre verbal:

“La guerra, además de física, es verbal puesto que cada bando habla del otro bando de maneras, que en una u otra medida, lo reducen a un abstracto, lo demonizan o ambas cosas. Semejante habla siempre tiene su significado y propósito directos en tiempo de guerra, pero también plantea reivindicaciones más amplias, generalmente justificaciones del estilo de vida o de la perspectiva elitista y dominante de cada bando.” (Neisser, 2004: 213)

Imaginario, mito y poder corren juntos a la hora de valorar el lenguaje periodístico de la guerra. Como señala Ricardo Piglia (2002), el poder no se puede sostener únicamente mediante las armas, sino que requiere de una serie de imaginarios. Esos imaginarios eran el resultado de diversos instrumentos, denominados por Louis Althusser (1974) como los aparatos ideológicos del Estado (AIE), cuya función era la de mantener el poder y suplir a la represión contenida en los aparatos represivos del Estado (ARE).

En este sentido, el eufemismo juega el papel de palabra clave dentro de todo este sistema, ya que es la pieza fundamental, engarzada en los discursos bélicos, que consigue transformar la realidad en una forma simbólica diseñada para cumplir los deseos sociales de la clase política instaurada en el poder. El eufemismo es el engranaje que articula los discursos de la guerra en relación con los relatos de legitimación que todo poder intenta generar, desde los *western* a *Superman* o *La Guerra de las Galaxias*:

“Insisto en que todas las naciones se miran en el espejo de sus propios relatos y, como en el caso de EEUU, casi todas las naciones utilizan dichos relatos no sólo para legitimar el presente sino también para ocultar sus lacras. En el caso de EEUU, creo que el *western*, en general, cae, desde mi punto de vista, en el concepto más degradado de ideología, es decir, discurso que encubre la realidad (una realidad muy sombría, como veremos enseguida) y crea una falsa conciencia (Marx) que, en este caso, sería la creencia mantenida aún hoy por muchos norteamericanos, de que sólo ellos encarnan la auténtica y verdadera democracia y que si conquistan algún que otro país, o lo aplastan hasta el nivel de zona cero, no es más que para entregarles generalmente su ración de democracia y libertad.” (Huici Módenes, 2004: 45-46)

El relato del Oeste fue utilizado como discurso de legitimación para encubrir el crimen horrendo que da lugar a la fundación de los Estados Unidos: el genocidio de los indios y la esclavitud de los negros africanos. Compárese este hecho con la posibilidad

de que España hubiera construido una industria cinematográfica para hablar de la conquista en América como meramente una campaña de evangelización sin fines económicos y retratando a los aborígenes como una pandilla de indios desalmados con ansias gratuitas de muerte y sangre. Dichos discursos mantenían una tarea puramente eufemística que ha logrado transmitir la legitimación del poder en vigencia.

El lenguaje periodístico de la guerra se ha convertido en muchos casos, total o parcialmente, en un elemento importante que participa de esta cualidad de los discursos de legitimación. Hay que tener en cuenta que la fuente de muchos conflictos son las propias autoridades militares y que la posibilidad de desplazarse a los lugares del conflicto es facilitada por las mismas. En guerras como Cuba, Crimea, Vietnam, Malvinas, Afganistán o Irak, presentarse en el lugar de los hechos, zonas de desierto o zonas de selva, sin el transporte militar adecuado resultaba imposible sin la colaboración de las autoridades militares. El periodista de este modo, en calidad de “empotrado”, participa de esta simbiosis establecida con los gestores de la guerra. El ejército le facilita su trabajo y el periodista no informa sobre aspectos que puedan empañar la buena imagen de las tropas.

Como se ve en estos discursos, debe surgir un tipo de lenguaje peculiar. Algunos especialistas de EEUU han denominado a este lenguaje con la etiqueta de “lenguaje colateral” – *collateral language*, un lenguaje al servicio de la legitimación (Collins & Glover, 2003) y de lo que Chomsky ha denominado “fabricación del consentimiento”:

“Igual que *daño colateral* describe los daños militares más allá de los objetivos previstos, *lenguaje colateral* se refiere al lenguaje que la guerra como práctica añade a nuestro léxico en curso, así como a los significados añadidos que ciertos términos adquieren en tiempo de guerra. Llamamos al lenguaje una organización terrorista para ilustrar los verdaderos efectos del lenguaje sobre los ciudadanos, en especial durante los tiempos de guerra. El lenguaje, como el terrorismo, convierte a los civiles en sus objetivos y genera miedo para efectuar cambios políticos. Cuando nuestros líderes políticos y nuestros medios de comunicación emplean términos como *Ántrax*, *amenaza terrorista*, *locos* y *armas biológicas*, emerge una clase específica de temor, tanto voluntaria como involuntariamente. Todos constituimos objetivos para esta clase de lenguaje y nos afecta a todos también. Al margen de la veracidad de las palabras, el lenguaje colateral produce efectos más allá de su significado.” (Collins & Globex, 2003: 12)

El surgimiento de esta nueva jerga, que quizás sea tan antigua como la misma existencia del lenguaje, ha producido el ahondamiento en un proceso de oscurecimiento de lo lingüístico. En un mundo cada vez más saturado de mensajes, más sobreinformado, y la sobreinformación –recuerdo- que puede ser desinformación, el lenguaje colateral, el léxico de la guerra y el lenguaje eufemístico han campado sin límites por la aldea global y sin que la mayoría de los receptores sean conscientes de sus efectos. Freud ya señalaba que la mayor parte de lo que comunicamos se encuentra oculto y aludía a esa conocida imagen del lenguaje como la cima de un iceberg. A la misma idea

apuntaban Sperber y Wilson cuando en 1986 señalaban la existencia de un modelo comunicativo fundamentado en la ostensión y la inferencia (Sperber & Wilson, 1994). Pero lo cierto es que, a partir del S. XX, el lenguaje perdió toda su inocencia, si es que algo le quedaba, a causa de la interferencia de la política, el poder y el capital en los asuntos humanos. Hoy en día la única manera de acercarse lejanamente a eso que llamamos verdad quizá sea averiguar la diferencia entre lo que se dice y lo que verdaderamente se quiere decir, entre lo que parece decirse y lo que verdaderamente se dice, entre lo que se presume y lo que luego se hace (Gómez de Liaño, 1994: 23). Como señala Carl Schmitt, el poder enmascarador del lenguaje en estas cuestiones es atroz:

“Nuestra mirada atraviesa hoy la niebla de los nombres y de las palabras, con las cuales trabaja el mecanismo psicotécnico de sugestionar a las masas. Hasta conocemos la ley secreta de este vocabulario y sabemos que hoy las guerras más temibles son posibles únicamente en nombre de la paz, y la esclavitud más espantosa en nombre de la libertad, y la inhumanidad más terrible únicamente en nombre de la humanidad.” (Schmitt, 1987: 109)

Este lenguaje lleno de interdicciones se ha intensificado en las últimas décadas como consecuencia de un desarrollo de los medios de comunicación. El enfrentarse a ciudadanos que en pocos minutos pueden ver retransmitidas imágenes tomadas en la otra parte del mundo, obligan a los Estados a presentar la información a los periodistas de una manera distinta. A su vez, el eufemismo satisface las ansias de orden y tranquilidad que todo ciudadano exige al gobierno que elige, así como su necesidad de pertenecer al bando garante de la justicia y la democracia:

“El hecho de que se consuman estos relatos sin mayores problemas en cualquier parte del globo demuestra que efectivamente es ésta la idea compartida mayoritariamente acerca de la esencia de lo bélico: cada cual pondrá al bueno de su lado. Pero el discurso sobre el superhéroe (...) nos tranquiliza con su poder evidente (...)” (Fernández Serrató, 2004: 201)

El papel de las industrias culturales en todo este proceso es de relevante importancia, ya que mediante la fabricación de distintos discursos se logrará la fabricación del consentimiento de las masas que son las que condicionan las democracias actuales, democracias dominadas por la audiencia y el gusto del consumidor:

“Hollywood está preparando una serie de películas que en estilo y sustancia van a transmitir explícitamente la línea de Washington sobre la guerra. El propósito es convencer a los estadounidenses de que apoyen la expansión de la guerra a otras regiones, preparar al público de EEUU para que acepte futuras víctimas (si es necesario), presentando invasiones de Estados Unidos como guerras justas con altas probabilidades de victoria. Las películas de propaganda recontextualizarán los hechos de una guerra pasada según un productor hollywoodense. (Petras, 2002: 118)

Como se observa la aparición mediática de los conflictos y su tratamiento resulta esencial para la interpretación que el público hará de los hechos. En el lenguaje del periodismo de guerra penetran con frecuencia numerosos eufemismos. La función privativa de tal uso lingüístico es la función eufemística, es decir, la interdicción lingüística de un término que sustituye a otro cuyas connotaciones o denotaciones pueden resultar negativas para los fines persuasivos del lenguaje propuesto. (Casas, 1986). Como señala Emilio Lorenzo a nadie se le ocurre decir que su oficio es el de *enterrador*, sino que trabaja en *servicios funerarios* (Lorenzo, 1999: 27-28).

Esta diferencia semántica supone la creación de una terminología en el sentido propuesto por Ortega y Gasset: con un lenguaje convencional “los individuos pueden entenderse sin previo acuerdo, mientras que una terminología sólo es inteligible si previamente el que escribe o habla y el que lee y escucha se han puesto individualmente de acuerdo sobre el significado de los signos” (1959: 130). Y la utilización de una terminología se emplea “por motivos de puro oportunismo en cuanto es posible” (Vossler 1959: 179):

“En efecto, en tanto que el hombre técnico sólo quiere saber con respecto a las cosas lo que necesita para obtener los fines que se propone en cada caso, tiene que rechazar, separar postergar lo que podría perjudicarlo, destacando solamente lo que puede serle útil. (Vossler 1959: 180).

Este tipo de vocablos terminológicos tiene sus raíces en el eufemismo. Como señala S. Widlak (1968: 1042) el hecho de que las palabras puedan adquirir nuevas acepciones sin perder su significado originario constituye una de las fuentes más importantes de la creación eufemística. Y esta circunstancia es la que se da en términos como *ocupación* o *guerra preventiva* en lugar de *invasión*; *fuerzas aliadas* en lugar de *fuerzas de ocupación*; *misión humanitaria* en lugar de *misión bélica* o *de combate*; *daños colaterales* en lugar de *víctimas inocentes en bombardeos deliberados*; *bajas* en lugar de *mueertos*; *conflicto* en lugar de *guerra*; *objetivos* en lugar de *edificios y barrios arrasados*; *insurgentes*, en lugar de *enemigos* o *terroristas*, cuando no se sabe a que casilla adscribir el *designatum*. Así hasta los errores propios son *víctimas de fuego amigo*. Incluso las bombas tienen un nombre positivo como *bombas margaritas* que suenan más a jardín que a guillotina; bombas racimo que suena más a viñedo de La Rioja que a explosiones; *bombas lapa* que suenan más a crustáceo del Mediterráneo funcional que a muertos. En fin bombas que debido a su poder destructor y su complejidad son *bombas inteligentes*. De hecho el lenguaje de la guerra se ha convertido en uno de las grandes razones de renovación del lenguaje periodístico de la sección de Internacional y de hecho estas expresiones están siendo incluidas rápidamente en el Diccionario (Guerrero Ramos & Pérez Lagos, 2003: 345).

En estos casos, la microestructura de cada palabra está formada por un núcleo sémico (Giraud 1960: 28-34) que facilita su relación con los demás elementos de su campo y que por razones contextuales o pragmáticas le hacen entrar en contacto con

otros términos de sistemas léxicos próximos o lejanos al suyo (Casas 1986: 103), de modo que estos términos se desligan en parte de su significado original para adquirir nuevas acepciones sujetas a los propósitos de la fuente del mensaje, propósitos en cierta medida de tipo propagandístico.

De este modo, el lenguaje eufemístico puede ser un instrumento de dominación como señalaba Gustav Landauer. Éste autor defendía la posibilidad del sometimiento de las personas a través del lenguaje (Kovacsics, 2007: 19-20). Y Goebbels no se quedaba atrás. En un Discurso ante el Congreso de Nuremberg del 6 de septiembre de 1934 señalaba: “quizás sea bueno poseer el poder que reposa sobre la fuerza de las armas. Pero es mejor y más duradero ganarse el corazón de un pueblo y conservarlo” (Veres, 2006: 60). Obviamente creía que el lenguaje era un sistema de dominación del alma ajena. Las últimas guerras propiciadas por EEUU ponen de manifiesto este proceso. El presidente George Bush hizo referencia al *eje del mal* para denominar a sus enemigos en Oriente Medio. Habló de *guerra al terrorismo* para hacer referencia a una guerra como otra cualquiera. Estas manipulaciones del sentido conducen al convencimiento de la opinión pública, es más, igual que se hizo con las matanzas de indios en América del Norte, los EEUU pretenden con este lenguaje limpiar de crímenes su propia historia. Como dice Noam Chomsky, “terroristas son los otros. Lo que hacen los nuestros es defender la democracia”. (Chomsky, 1993:70)

Todos estos términos configuran un conjunto de palabras clave que salpican los textos periodísticos de elementos con especial poder de sugerencia y que actúan a la manera de los iconos gastronómicos, señalados por Eco en el texto publicitario (1975: 299) y que determinan la significación global del mensaje. Dicha significación global reduce por supuesto la carga negativa de todo aquello que es muerte y destrucción, o incluso la puede potenciar cuando se trata de suscitar el miedo. Así los bombardeos se presentan en términos abstractos, como objetivos desde determinadas posiciones, de modo que los muertos se convierten en simples datos de una fría y aséptica estadística de guerra que no produce ningún dolor. Sin embargo el *Ántrax*, resumen de todos los males que le podían caer a los EEUU, cumplió con este papel de palabra gastronómica potenciando el carácter malvado de un enemigo tan invisible como Bin Laden y sus seguidores. Y lo mismo sucedió con el término *yihad* o el término *cruzada*, intensificadores de la significación que se pretendía trasladar y que justificaban la acción: el terror para fabricar el consentimiento. Se trata de simples construcciones disfémicas atribuidas al enemigo:

“El *Ántrax* como arma de destrucción masiva extiende este discurso al límite absoluto, es decir que si el *Ántrax* es un arma, entonces todas y cada una de las intervenciones del gobierno son, no sólo válidas, sino absolutamente necesarias para la seguridad nacional. Esto, en efecto, hace que el bombardeo continuado de Afganistán parezca necesario y el siguiente objetivo potencial, Irak, prudente. Estamos siendo bombardeados, estamos siendo atacados, el cuerpo estadounidense corre peligro a causa de un arma de destrucción masiva; por

lo tanto debemos fortalecer nuestro sistema inmune: debemos responder a los atentados. Debemos protegernos mediante cualquier medio necesario. (Egan, 2004: 33-34)

A su vez el reduccionismo informativo implica que los ataques se conviertan en exitosos o simplemente dejen de existir para la parrilla informativa, en donde el fracaso bélico nunca se traslada, de las instancias militares, a los periodistas, y de éstos, a la opinión pública. Ello se suma a la gran cantidad de nominaciones que se atribuyen al enemigo, atribuciones disfémicas. Igual que los soldados japoneses eran denominados *monos amarillos*, igual que los disidentes de Castro, en Cuba, son llamados *gusanos* y los nazis designaban a sus víctimas con el calificativo de *subhombres*, la guerra moderna emprendida en las últimas décadas por EEUU habla del enemigo como *narcoterrorismo*, *terroristas*, *talibanes*, *estados canallas* o *eje del mal*. Y ese mismo papel lo juegan, al mismo tiempo, las denominaciones que reciben las operaciones de guerra, denominaciones que parecen más propias de una producción de Hollywood que de una operación militar: *Tormenta del Desierto*, *Libertad Duradera*.

La elaboración de esta neolengua, a la manera de la novela de Orwell *1984* supone un nuevo control de los flujos de información. Las potencias dominantes, en la actualidad EEUU, les gustaría, y en ese sentido van encaminadas sus acciones, que el mundo hablara su lengua, que disfrutara de su mismo sistema de valores, de sus costumbres y de su moneda para así abrir paso a su sistema económico. El lenguaje no es más que una parte más de ese modo de vida americano que se impone en todos los usos lingüísticos, desde la publicidad al marketing, al mundo de la moda, los juguetes o la alimentación. También la guerra, como sistema de dominación, participa de ese código artificial, creado deliberadamente y al servicio del poder: el lenguaje de la guerra.

Bibliografía

1. Araya, A. (2003), "El discurso de seguridad internacional: las relaciones lingüísticas entre los objetos del discurso", en *Interlingüística*, Valencia, nº15.
2. Barthes, R., (2009 [1987]) *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós.
3. Berger, P. & Luckmann, T. (1968), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
4. Casero Ripollés, A. (2003), "Análisis del discurso periodístico sobre inmigración. Apuntes para un modelo metodológico", en *Interlingüística*, Valencia, nº15.
5. Cassirer, E (1980), *Antropología filosófica*, México, FCE.
6. Contreras, F. & Sierra, F. (Coords.) (2004), *Culturas de guerra*, Madrid, Cátedra.
7. Catalán, M. & Veres, L. (2004), *Estrategias de la desinformación*, Valencia, Generalitat Valenciana.
8. Collins, J., y Glover R. (2003), *Lenguaje colateral. Claves para justificar una guerra*, Madrid, Páginas de Espuma.

9. Chomsky, N. (1993), *Crónicas de la discrepancia*, Madrid, La Balsa de la Medusa.
10. Eco, Umberto (1975 [1972]), *La estructura ausente*, Barcelona, Lumen.
11. Egan, R.D. (2003), “Ántrax”, en Collins, J., y Glover R., *Lenguaje colateral. Claves para justificar una guerra*, Madrid, Páginas de Espuma.
12. Espejo, C. (Coord.) (2000), *Propaganda impresa y construcción del estado moderno y contemporáneo*, Sevilla, Alfar.
13. Fernández Serrató, J.C. (2004), “El Capitán América nunca supo convencer a los malos. Leyendo en los cómics más allá de la adolescencia”, en Contreras, F. R. y Sierra, F. (Coords.), *Culturas de guerra*, Madrid, Cátedra.
14. Galán, C. & Montero, J. (2002), *El discurso tecnocientífico: la caja de herramientas del lenguaje*, Madrid, Arco.
15. Gorrero, G. & Pérez, M. F. (2003), “Renovación léxica y diccionario: el nuevo Moliner”, en *Estudios de Lingüística*, Universidad de Alicante.
16. Haverkate, H. (1994), *La cortesía verbal. Estudio pragmalingüístico*, Madrid, Gredos.
17. Huici Módenes, A. (2004), “Del Lejano Oeste a Oriente Próximo: *western*, ideología y propaganda”, en Huici Módenes, A., *Los heraldos de acero*, Sevilla, Comunicación Social. Ediciones y publicaciones.
18. Kovacsics, A. (2007), *Guerra y lenguaje*, Barcelona, El Acantilado.
19. López, A. (1989), *Fundamentos de lingüística perceptiva*, Madrid, Gredos.
20. -----(1994) *Gramática del español. La oración compuesta*, Madrid, Arco.
21. -----(2005) *Gramática cognitiva para profesores de español*, Madrid, Arco.
22. Lorenzo, E. (1999), *El español en la encrucijada*, Madrid, Espasa Calpe.
23. Neisser, P. (2004), “Objetivos”, en Contreras, F.R. y Sierra, F. (Coords.), *Culturas de guerra*, Madrid, Cátedra.
24. Piglia, R. (2002), *Crítica y ficción*, Barcelona, Anagrama.
25. Pizarroso, A. (1990), *Historia de la propaganda*, Madrid, Eudema.
26. -----(1991) *La guerra de las mentiras*, Madrid, Eudema.
27. -----(2004) “Reivindicación de la propaganda de guerra”, en Catalán, M. & Veres, L., *Estrategias de la desinformación*, Valencia, Generalitat Valenciana.
28. -----(2004) “Guerra y comunicación. Propaganda, desinformación y guerra psicológica en los conflictos armados”, en Contreras, F.R. y Sierra, F. (Coords.), *Culturas de guerra*, Madrid, Cátedra.
29. -----(2005) *Nuevas guerras, vieja propaganda: de Vietnam a Irak*, Madrid, Cátedra.
30. Schmitt, C. (1987), “El proceso de neutralización de la cultura”, en *Revista de Occidente*, nº 71.
31. Veres, Luis (2006), *La retórica del terror*, Madrid, Ediciones de la Torre.